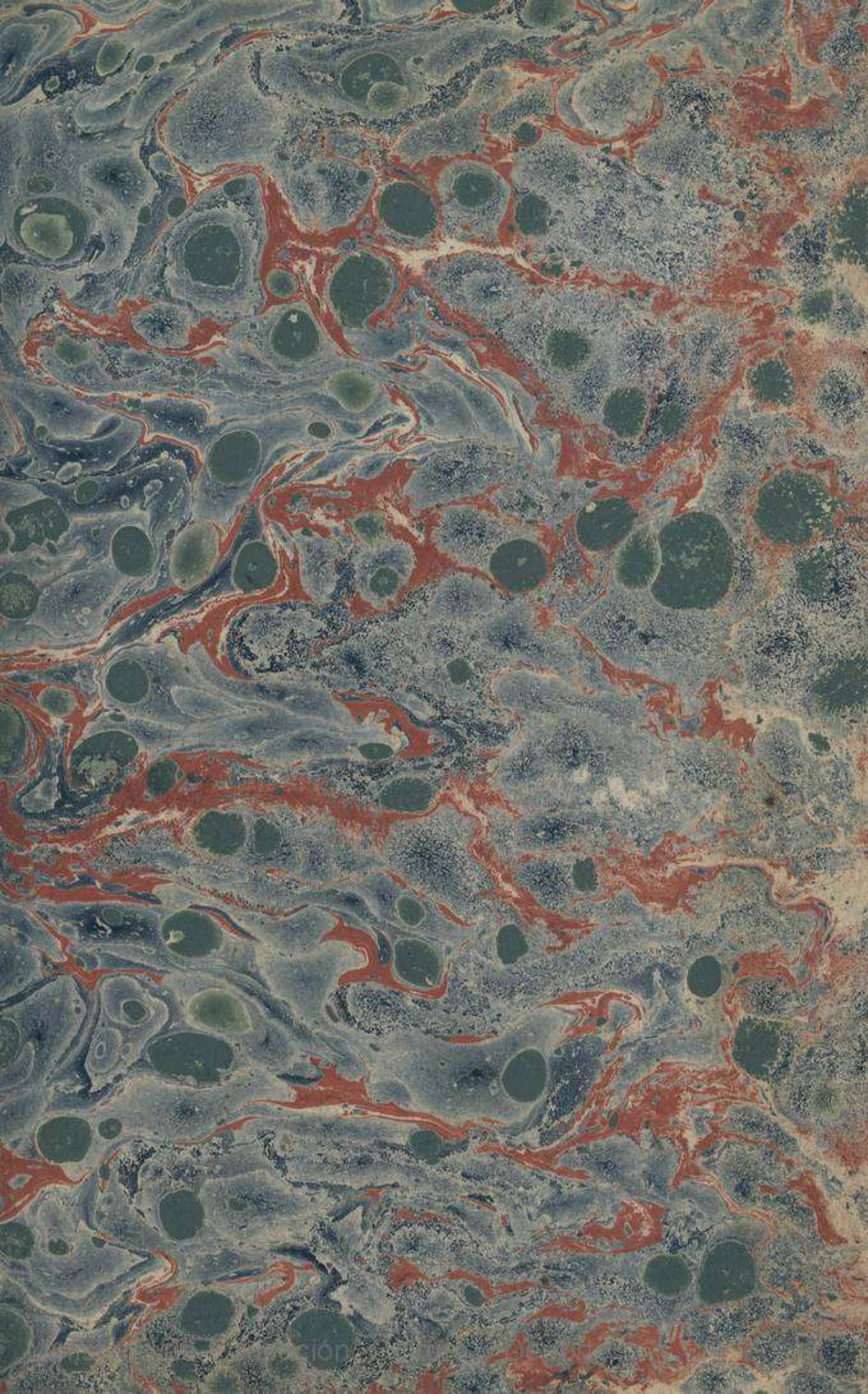


ANTICO

Biblioteca del



Museo Romántico



~~11~~
11

LIBRO IV DE LA IMITACION DE CRISTO *del V. Kempis.*

Del Santísimo

Sacramento.



MADRID 1827,
POR DON MIGUEL DE BURGOS.

Reg 2040

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF THE
CITY OF BOSTON
FUNDING BY THE
CITY OF BOSTON
1822

Dr. J. J. ...

Dr. J. J. ...



MINISTERIO DE EDUCACION, CULTURA Y DEPORTE

Dr. J. J. ...



Advertencia.

Para que los fieles puedan orar delante del Santísimo Sacramento, prepararse á recibirle dignamente, y asistir al santo sacrificio de la misa, se les presenta en volumen separado este libro IV del tratado *de la Imitacion de Cristo* del Venerable Kempis, que á juicio de los discretos es el mejor y mas á propósito de cuantos hasta ahora se han escrito para acudir á Dios en todas las ocasiones de nuestra vida, y particularmente para visitarle en el templo, alabarle é implorar sus misericordias.



Exhortación devota

á la Sagrada Communion.

JESUCRISTO.

Venid á mí todos los que teneis trabajos y estais cargados, y yo os aliviare', dice el Señor.

El pan que yo os dare', es mi carne, por la vida del mundo.

Tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí.

El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él.

Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.

CAPÍTULO I.

Con cuánta reverencia se ha de recibir á Jesucristo.

EL ALMA.

Estas son tus palabras, oh Jesus, Verdad eterna; aunque no fueron dichas en un tiempo, ni escritas en un mismo lugar.

Y pues son tuyas, y verdaderas, debo yo recibirlas todas con gratitud y con fé.

Tuyas son, pues tú las dijiste, y tambien son mias, pues las dijiste por mi bien.

Muy de grado las recibo de tu boca, para que sean mas profundamente grabadas en mi corazon.

Despiértanme palabras de tanta piedad llenas de dulzura y de amor: mas por otra parte mis propios pecados me espantan, y mi mala conciencia me retrae de recibir tan altos misterios.

La dulzura de tus palabras me

convida, mas la multitud de mis vicios me oprime.

2 Me mandas que me llegue á tí con gran confianza, si quiero tener parte contigo: y que reciba el manjar de la inmortalidad, si deseo alcanzar vida y gloria para siempre.

Dices: *Venid á mí todos los que teneis trabajos, y estais cargados, que yo os recrearé.*

¡Cuán dulces y amables son á los oídos del pecador estas palabras, por las cuales tú, Señor Dios mio, convidas al pobre y al mendigo á la comunión de tu santísimo cuerpo!

Mas ¿quién soy yo, Señor, para que presuma llegarme á tí?

Veo que no cabes en los cielos de los cielos; ¡y tú dices: *Venid á mí todos!*

3 ¿Qué quiere decir esta tan piadosa dignacion, y este tan amistoso convite?

¿Cómo osaré llegarme yo, que

no reconozco en mí cosa buena en que pueda confiar?

¿Cómo te hospedaré en mi habitación yo que tantas veces ofendí tu benignísima presencia?

Los ángeles y arcángeles tiemblan; los santos y justos temen, ¡y tú dices: *Venid á mí todos!*

Si tú, Señor, no dijese esto, ¿quién lo creería?

Y si tú no lo mandases ¿quién osaría llegarse á tí?

4 Noe, varon justo, trabajó cien años en fabricar un arca para guarecerse en ella con pocas personas: ¿pues cómo podré yo en una hora prepararme para recibir con reverencia al que fabricó el mundo?

Moises tu gran siervo, y tu amigo especial, hizo un arca de madera incorruptible, y la guarneció de oro purísimo para poner en ella las Tablas de la Ley; ¿y yo, criatura podrida, osaré recibirte tan fa-

cilmente á tí, hacedor de la ley, y dador de la vida?

Salomon, el mas sábio de los reyes de Israel, edificó en siete años en honor de tu nombre un magnífico templo.

Y celebró ocho dias la fiesta de su dedicacion, ofreció mil hostias pacíficas, y colocó solemnemente el Arca del Testamento con músicas y regocijos en el lugar que le estaba preparado.

Y yo miserable, y el mas pobre de los hombres, ¿cómo te introduciré en mi casa, que dificilmente estoy con devocion media hora? Y ¡ojalá que alguna vez gastase bien media hora!

5 ¡Oh Dios mio! ¿qué no hicieron aquellos por agradarte?

Mas ¡ay de mi! ¡cuán poco es lo que yo hago! ¡Qué corto tiempo gasto en prepararme para la comunión!

Rara vez estoy del todo recogido, y rarísima me veo libre de toda distraccion.

Y en verdad que en tu saludable y divina presencia no debiera ocurrirme pensamiento alguno poco decente, ni ocuparme criatura alguna porque no voy á hospedar á algun ángel, sino al Señor de los ángeles.

6 Además, hay grandísima diferencia entre el Arca del Testamento con cuanto contenia, y tu purísimo cuerpo con sus inefables virtudes: entre aquellos sacrificios de la ley antigua que figuraban los venideros, y el sacrificio verdadero de tu cuerpo, que es el cumplimiento de todos los sacrificios antiguos.

7 ¿Por qué pues no me inflamo mas en tu venerable presencia?

¿Por qué no me dispongo con mayor cuidado para recibirte en el sacramento, al ver que aquellos antiguos santos patriarcas y profetas, reyes y príncipes con todo el pueblo, mostraron tanta devocion al culto divino?

8 El devotísimo rey David bailó

con toda su fuerza delante del arca de Dios, acordándose de los beneficios hechos en otro tiempo á los padres: hizo diversos instrumentos músicos: compuso salmos, y ordenó que se cantasen con alegría; y aun él mismo los cantó frecuentemente al harpa, inspirado de la gracia del Espíritu Santo: enseñó al pueblo de Israel á alabar á Dios de todo corazon, y bendecirle y celebrarle cada dia con voces acordes.

Pues si tanta era entonces la devocion, y tanto se pensó en alabar á Dios delante del Arca del Testamento, ¿cuánta reverencia y devocion debo yo tener, y todo el pueblo cristiano, á presencia del sacramento al recibir el santísimo cuerpo de Cristo?

9 Muchos corren á diversos lugares para visitar las reliquias de los santos, y se maravillan de oir sus hechos; miran los grandes edificios de los templos, y besan los sagra-

dos huesos guardados en oro y seda.

Y tú estás aquí presente delante de mí en el altar, Dios mio, Santo de los santos, Criador de los hombres y Señor de los ángeles.

Muchas veces los hombres hacen aquellas visitas por la novedad y por la curiosidad de ver cosas que no han visto; y así es que sacan muy poco fruto de enmienda; mayormente cuando andan con liviandad de una parte á otra, sin contrición verdadera.

Mas aquí en el sacramento del Altar estás todo presente, Jesus mio, Dios y hombre; en él se coge copioso fruto de eterna salud todas las veces que te recibieren digna y devotamente.

Y á esto no nos trae ninguna liviandad ni curiosidad ó sensualidad; sino la fé firme, la esperanza devota, y la pura caridad.

10 ¡Oh Dios invisible, Criador del mundo, cuán maravillosamente lo

haces con nosotros! ¡Cuán suave y graciosamente te portas con tus escogidos, á quienes te ofreces á tí mismo en este sacramento para que te reciban!

Esto en verdad excede sobre todo entendimiento; esto especialmente cautiva los corazones de los devotos y enciende su afecto.

Porque los verdaderos fieles tuyos, que se disponen para enmendar toda su vida, de este sacramento dignísimo reciben continuamente grandísima gracia de devoción y amor de la virtud.

¡Oh admirable y escondida gracia de este sacramento, la cual conocen solamente los fieles de Cristo! Pero los infieles y los que sirven al pecado, no la pueden gustar.

En este sacramento se dá gracia espiritual, se repara en el alma la virtud perdida, y reflorece la hermosura afeada por el pecado.

Tanta es algunas veces esta gra-

cia, que de la abundante devoción que causa, no solo el alma, sino aun el cuerpo flaco siente haber recibido fuerzas mayores.

12 Pero es muy mucho de sentir y de llorar nuestra tibieza y negligencia, porque no nos movemos con mayor afecto á recibir á Cristo, en quien consiste toda la esperanza y el mérito de los que se han de salvar.

Porque él es nuestra santificación y redención, él nuestro consuelo en esta peregrinación, y el gozo eterno de los santos.

Y así es muy digno de llorarse el poco caso que muchos hacen de este saludable sacramento, el cual alegra al cielo, y conserva al universo mundo.

¡Oh ceguedad y dureza del corazón humano, que tan poco atiende á tan inefable don, y por la mucha frecuencia ha venido á reparar menos en él!

14 Porque si este sacratísimo sa-

cramento se celebrase en un solo lugar, y se consagrarse por un solo sacerdote en todo el mundo, ¿con cuánto deseo y afecto acudirian los hombres á aquel lugar y á aquel sacerdote de Dios para verle celebrar los divinos misterios?

Mas ahora hay muchos sacerdotes, y se ofrece Cristo en muchos lugares para que se muestre tanto mayor la gracia y amor de Dios al hombre, cuanto la sagrada comunión es mas liberalmente difundida por el mundo.

Gracias á tí, buen Jesus, pastor eterno, que te dignaste recrearnos á nosotros pobres y desterrados con tu precioso cuerpo y sangre, y tambien convidarnos con palabras de tu propia boca á recibir estos misterios diciendo: *Venid á mi todos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.*

CAPITULO II.

De la gran bondad y caridad de Dios que se manifiesta en este sacramento para con los hombres.

EL ALMA.

1 Señor, confiando en tu bondad y gran misericordia, vengo yo enfermo al médico, hambriento y sediento á la fuente de la vida, pobre al rey del cielo, siervo al Señor, criatura al Criador, desconsolado á mi piadoso consolador.

Mas ¿de dónde á mí tanto bien, que tú vengas á mí? ¿Quién soy yo, para que te me des á tí mismo?

¿Cómo se atreve el pecador á parecer delante de tí? Y tú ¿cómo te dignas de venir al pecador?

Tú conoces á tu siervo, y sabes que ningun bien tiene por donde pueda merecer que tú le hagas este beneficio.

Yo te confieso pues mi vileza,

reconozco tu bondad, alabo tu piedad, y te doy gracias por tu extremada caridad.

Pues así lo haces conmigo, no por mis merecimientos, sino por tí mismo, para darme á conocer mejor tu bondad; para que se me infunda mayor caridad, y se recomiende mas la humildad.

Pues así te agrada á tí, y así mandaste que se hiciese; tambien me agrada á mí que tú lo hayas tenido por bien: ójala que no lo impida mi maldad.

2 ¡Oh dulcísimo y benignísimo Jesus! ¡cuánta reverencia y gracias acompañadas de perpetua alabanza te son debidas por habernos dado tu sacratísimo cuerpo, cuya dignidad ningun hombre es capaz de explicar!

Mas ¿qué pensaré en esta comunión cuando quiero llegarme á mi Señor, á quien no puedo venerar debidamente, y sin embargo deseo recibir con devoción?

¿Qué cosa mejor y mas saludable pensaré, sino humillarme profundamente delante de tí, y ensalzar tu infinita bondad sobre mí?

Yo te alabo, Dios mio, y deseo que seas ensalzado para siempre. Despréciome y me rindo á tu magestad en el abismo de mi bajeza.

3 Tú eres el santo de los santos, y yo la basura de los pecadores.

Tú te bajas á mí, que no soy digno de alzar los ojos para mirarte.

Tú vienes á mí, tú quieres estar conmigo, tú me convidas á tu mesa.

Tú me quieres dar á comer el manjar celestial, y el pan de los ángeles; que no es otra cosa por cierto sino tú mismo, pan vivo, que descendiste del cielo, y das vida al mundo.

4 ¡Cuánto es pues tu amor, cuál tu dignacion! ¡y cuántas gracias y alabanzas te son debidas por esto!

¡Oh cuán saludable y provechoso designio tuviste en la institucion

b

de este sacramento! ¡cuán suave es, y cuán agradable este convite, en que te das á tí mismo por manjar!

¡Oh cuán admirables son tus obras, Señor! ¡cuán poderosa tu virtud! ¡cuán infalible tu verdad!

Pues tú hablaste, y fue hecho el universo; y se hizo lo que tú mandaste.

5 Admirable cosa es, digno objeto de la fé, y superior al entendimiento humano, que tú, Señor Dios mio, verdadero Dios y hombre, eres contenido entero debajo de las especies de pan y vino, y sin detrimento eres comido por el que te recibe.

Tú, Señor de todo, que de nada necesitas, quisiste habitar entre nosotros por medio de este sacramento.

Conserva mi corazon y mi cuerpo sin mancha, para que con alegre y limpia conciencia pueda celebrar frecuentemente, y recibir para mi eterna salvacion este digno

misterio que ordenaste y estableciste principalmente para honra tuya y memoria continua.

6 Alégrate, alma mia, y dá gracias á Dios por don tan excelente y consuelo tan singular que te fue dejado en este valle de lágrimas.

Porque cuantas veces te acuerdas de este misterio, y recibes el cuerpo de Cristo, tantas representas la obra de tu redencion, y te haces participante de todos sus merecimientos.

Porque la caridad de Cristo nunca se disminuye, y la grandeza de su misericordia nunca mengua.

7 Por eso te debes preparar siempre con nueva devocion del alma, y pensar con atenta consideracion este gran misterio de salud.

Así, te debe parecer tan grande, tan nuevo y agradable cuando celebras ú oyes misa, como si fuese el mismo dia en que Cristo, descendiendo en el vientre de la Virgen se hizo hombre; ó aquel en que

puesto en la Cruz padeció y murió por la salud de los hombres.

CAPITULO III.

Que es provechoso comulgar con frecuencia.

EL ALMA.

I **A** tí vengo, Señor, para disfrutar de tu don sagrado, y regocijarme en tu santo convite, que en tu dulzura preparaste, Dios mio, para el pobre.

En tí está cuanto puedo y debo desear: tú eres mi salud y redencion, mi esperanza y fortaleza, mi honor y mi gloria.

Alegra pues hoy el alma de tu siervo, porque á tí, Jesus mio, he levantado mi espíritu.

Deseo yo recibirte ahora con devocion y reverencia: deseo hospedarte en mi casa, de manera que merezca como Zaquéo tu bendicion, y ser contado entre los hijos de Abrahan.

Mi alma anhela tu sagrado cuerpo, mi corazón desea ser unido contigo.

2 Dáte, Señor, á mí, y me basta; porque sin tí ninguna consolación satisface.

Sin tí no puedo existir; y sin tu visitación no puedo vivir.

Por eso me conviene llegarme muchas veces á tí, y recibirte para remedio de mi salud, porque no desmaye en el camino si fuere privado de este manjar celestial.

Pues tú, benignísimo Jesús, predicando á los pueblos, y curando diversas enfermedades, dijiste: *No quiero consentir que se vayan ayunos á su casa, porque no desmayen en el camino.*

Haz pues ahora conmigo de esta suerte; pues te quedaste en el sacramento para consolación de los fieles.

Tú eres suave alimento del alma, y quien te comiere dignamente, será

participante y heredero de la gloria eterna.

Yo que tantas veces caigo y pe-
co, tan presto me entibio y desma-
yo, necesito verdaderamente reno-
varme, purificarme y alentarme por
la frecuencia de oraciones y confe-
siones, y de la sagrada participa-
cion de tu cuerpo; no sea que abs-
teniéndome de comulgar por mu-
cho tiempo, decaiga de mi santo
propósito.

3 Porque las inclinaciones del
hombre son hácia lo malo desde su
juventud; y si no le socorre la me-
dicina celestial, al punto va de mal
en peor.

Asi es que la santa comunión re-
trae de lo malo, y conforta en lo
bueno.

Y si ahora que comulgo ó cele-
bro soy tan negligente y tibio, ¿qué
sucederia si no tomase tal medicina,
y si no buscase auxilio tan grande?

Y aunque no esté preparado ca-

da día, ni bien dispuesto para celebrar, procuraré sin embargo recibir los divinos misterios en los tiempos convenientes, para hacerme participante de tanta gracia.

Porque el principal consuelo del alma fiel, mientras peregrina unida á este cuerpo mortal, es acordarse frecuentemente de su Dios, y recibir á su amado con devoto corazón.

4 ¡Oh admirable dignacion de tu clemencia para con nosotros, que tú Señor Dios, Criador y vivificador de todos los espíritus, te dignas de venir á una pobrecilla alma y satisfacer su hambre con toda tu divinidad y humanidad!

¡Oh feliz espíritu y dichosa alma la que merece recibir con devocion á su Dios y Señor, y rebosar así de gozo espiritual!

¡Oh qué Señor tan grande recibe, qué huésped tan amable aposenta, qué compañero tan agrada-

ble admite, qué amigo tan fiel elige, qué esposo abraza tan noble y tan hermoso, y mas amable que todo cuanto se puede amar ni desear!

Callen en tu presencia, mi dulcísimo amado, el cielo y la tierra con todo su ornato; porque todo cuanto tienen de esplendor y de hermosura lo han recibido de tu beneficencia; y nunca pueden aproximarse á la gloria de tu nombre, cuya sabiduría es infinita.

CAPITULO IV.

De los muchos bienes que se conceden á los que devotamente comulgan.

EL ALMA.

S Señor, Dios mio, preven á tu siervo con las bendiciones de tu dulzura, para que merezca llegar digna y devotamente á tu sublime sacramento.

Mueve mi corazon hácia tí, y sá-

came de este grave entorpecimiento: visítame con tu gracia saludable para que pueda gustar en espíritu tu suavidad, cuya abundancia se halla en este sacramento como en su fuente.

Alumbra también mis ojos para que pueda mirar tan alto misterio; y esfuérmame para creerlo con firmísima fé.

Porque obra tuya es, y no poder humano; sagrada institucion tuya, y no invencion de hombres.

Ninguno ciertamente es capaz por sí mismo de entender cosas tan altas, que aun á la sutileza angélica exceden.

Pues yo, pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué podré escudriñar y entender de tan alto secreto?

2 Señor, con sencillez de corazón, con fé firme y sincera, y por mandado tuyo me acerco á tí con reverencia y confianza; y creo verdaderamente que estás aquí presen-

te en el sacramento como Dios y como hombre.

Pues quieres, Señor, que yo te reciba, y que me una contigo en caridad.

Por eso suplico á tu clemencia, y pido la gracia especial de que todo me deshaga en tí, y rebose de amor, y que no cuide ya de ninguna otra consolacion.

Porque este altísimo y dignísimo sacramento es la salud del alma y del cuerpo, medicina de toda enfermedad espiritual, con la cual se curan mis vicios, refrénanse mis pasiones, las tentaciones se vencen ó disminuyen, dáse mayor gracia, la virtud comenzada crece: confírmase la fé, esfuérgase la esperanza, y se enciende y dilata la caridad.

3 Porque muchos bienes has dado y das siempre en este sacramento á tus amados que devotamente comulgan, Dios mio, huésped de mi alma, reparador de la enfermedad

humana, y dador de toda consolacion interior.

Tú les infundes mucho consuelo contra diversas tribulaciones, y de lo profundo de su propio desprecio los levantas á esperar tu proteccion, y con una nueva gracia los recreas y alumbras interiormente; y así los que antes de la comunion estaban inquietos y sin devocion, despues recreados con este sustento celestial se hallan muy mejorados.

Y esto lo haces de gracia con tus escogidos, para que conozcan verdaderamente, y experimenten á las claras cuánta flaqueza tienen en sí mismos, y cuán grande bondad y gracia alcanzan de tu clemencia.

Porque siendo por sí mismos frios, duros é indevotos, de tí reciben el estar fervorosos, devotos y alegres.

Pues ¿quién llegando humildemente á la fuente de la suavidad, no vuelve con algo de dulzura?

O ¿quién está cerca de algun gran

fuego, que no reciba algun calor?

Tú eres fuente llena que siempre mana y rebosa fuego que de continuo arde y nunca se apaga.

4 Por esto, si no me es dado sacar agua de la abundancia de la fuente, ni beber hasta hartarme, pondré siquiera mis labios á la boca del caño celestial, para que á lo menos reciba de allí alguna gotilla para templar mi sed, y no secarme enteramente.

Y si no puedo ser todo celestial, y tan abrasado como los querubines y serafines, trabajaré á lo menos por hacerme devoto, y disponer mi corazon para adquirir siquiera una pequeña llama del divino incendio, mediante la humilde comunión de este vivífico sacramento.

Pero todo lo que me falta, buen Jesus, Salvador santísimo, súplelo tú benigna y graciosamente por mí; pues tuviste por bien de llamar á todos diciendo: *Venid á mí to-*

dos los que teneis trabajos y estais cargados, que yo os recrearé.

5 Yo pues trabajo con sudor de mi rostro, soy atormentado con dolor de corazon, estoy cargado de pecados, combatido de tentaciones, envuelto y oprimido de muchas pasiones, y no hay quien me valga, no hay quien me libre y salve, sino tú, Señor Dios, Salvador mio, á quien me encomiendo, y todas mis cosas, para que me guardes y llesves á la vida eterna.

Recíbeme para honra y gloria de tu nombre; pues me dispusiste tu cuerpo y sangre en manjar y bebida.

Concédeme, Señor Dios, Salvador mio, que crezca el afecto de mi devocion con la continuacion de este misterio.

CAPITULO V.

De la dignidad del sacramento, y del estado sacerdotal.

EL AMADO.

I Aunque tuvieses la pureza de los ángeles, y la santidad de san Juan Bautista, no serias digno de recibir ni manejar este sacramento.

Porque no cabe en merecimiento humano, que el hombre consagre y tenga en sus manos el sacramento de Cristo, y coma el pan de los ángeles.

Grande es este misterio, y grande es la dignidad de los sacerdotes, á los cuales es dado lo que no es concedido á los ángeles.

Pues solos los sacerdotes ordenados en la iglesia tienen poder de celebrar y consagrar el cuerpo de Jesucristo.

El sacerdote es ministro de Dios, cuyas palabras usa por su manda-

miento y ordenacion; mas Dios es allí el principal autor y obrador invisible, á cuya voluntad todo está sujeto, y á cuyo mandamiento todo obedece.

2 Así pues, debes creer á Dios todopoderoso en este sublime sacramento mas que á tus propios sentidos y á las señales visibles.

Y por eso debe el hombre llegar á este misterio con temor y reverencia.

Reflexiona sobre tí mismo, y mira qué tal es el ministerio que te ha sido encomendado por la imposición de las manos del obispo.

Has sido hecho sacerdote y ordenado para celebrar: cuida pues de ofrecer á Dios este sacrificio con fé y devocion en el tiempo conveniente, y de mostrarte irrepreensible.

No has aliviado tu carga; antes bien estás atado con mas estrecho vínculo, y obligado á mayor perfeccion de santidad.

El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, y ha de dar á los otros ejemplo de buena vida.

Su porte no ha de ser como el de los hombres comunes; sino como el de los ángeles en el cielo, ó el de los varones perfectos en la tierra.

3 El sacerdote vestido de las vestiduras sagradas, tiene el lugar de Cristo para rogar devota y humildemente á Dios por sí y por todo el pueblo.

Él tiene la señal de la cruz de Cristo delante de sí, y en las espaldas, para que continuamente tenga memoria de su sacratísima Pasion.

Delante de sí en la casulla trae la cruz, para que mire con diligencia las pisadas de Cristo, y estudie en seguirle con fervor.

En las espaldas está tambien sellado de la cruz, para que sufra con paciencia por Dios cualquiera injuria que otro le hiciere.

La cruz lleva delante para que llore sus pecados: y detrás la lleva para llorar por compasion los ajenos, y para que sepa que es medianero entre Dios y el pecador, y no cese de orar ni ofrecer el santo sacrificio hasta que merezca alcanzar la gracia y misericordia divina.

Cuando el sacerdote celebra, honra á Dios, alegra á los ángeles, y edifica á la iglesia, ayuda á los vivos, dá descanso á los difuntos, y hácese participante de todos los bienes.

CAPITULO VI.

Ejercicio para antes de la comunión.

EL ALMA.

¡ Señor, cuando pienso tu dignidad y mi vileza, tengo gran temblor y me hallo confuso.

Porque si no me llego á tí, huyo de la vida; y si indignamente me atrevo, incurro en tu ofensa.

C

¿Pues qué haré, Dios mio, ayudador mio, consejero mio en las necesidades?

2. Enséñame tú el camino derecho: proponme algún ejercicio conveniente para la sagrada comunión.

Porque es útil saber de qué modo deba yo preparar mi corazón devotamente y con reverencia, para recibir saludablemente tu sacramento, ó para celebrar tan grande y divino sacrificio.

CAPITULO VII.

Del exámen de la propia conciencia, y del propósito de la enmienda.

EL AMADO.

1. Sobre todas las cosas es necesario que el sacerdote de Dios llegue á celebrar, manejar y recibir este sacramento con grandísima humildad de corazón, y con devota reverencia, con entera fé, y con pia-

dosa intencion de la honra de Dios.

Examina diligentemente tu conciencia, y segun tus fuerzas, límpiala y adórnala con verdadero dolor y humilde confesion, de manera que no tengas ó sepas cosa grave que te remuerda y te impida llegar libremente al sacramento.

Ten aborrecimiento de todos tus pecados en general, y por las faltas diarias duélete y gime mas particularmente.

Y si el tiempo lo permite, confiesa á Dios todas las miserias de tus pasiones en lo secreto de tu corazon.

2 Llorá y duélete de que aun eres tan carnal y mundano, tan poco mortificado en las pasiones, tan lleno de movimientos de concupiscencia :

Tan poco diligente en la guarda de los sentidos exteriores; tan envuelto muchas veces en vanas imaginaciones :

Tan inclinado á las cosas exteriores; tan negligente en las interiores:

Tan fácil á la risa y á la disipacion; tan duro para las lágrimas y la compuncion:

Tan dispuesto á la relajacion y regalos de la carne; tan perezoso al rigor y al fervor:

Tan curioso para oír novedades y ver cosas hermosas; tan remiso en abrazar las humildes y despreciadas:

Tan codicioso de tener mucho, tan encogido en dar, tan avariento en retener:

Tan inconsiderado en hablar, tan poco detenido en callar; tan descompuesto en las costumbres, tan indiscreto en las obras:

Tan desordenado en el comer; tan sordo á las palabras de Dios:

Tan presto para holgarte; tan tardío para trabajar:

Tan despierto para oír hablillas y

cuentos, y tan soñoliento para velar en oracion:

Tan impaciente por llegar al fin, y tan vago en la atencion:

Tan negligente en el rezo, tan tibio en la misa, tan indevoto en la comunión:

Tan á menudo distraído; tan raras veces enteramente recogido:

Tan prontamente conmovido á la ira; tan fácil para disgustar á los demas:

Tan propenso á juzgar; tan riguroso en reprender:

Tan alegre en la prosperidad; tan abatido en la adversidad:

Tan fecundo en buenos propósitos, y tan estéril en ponerlos por obra.

3 Despues de haber confesado y llorado éstos y otros defectos con dolor y gran disgusto de tu propia fragilidad, propon firmemente de enmendar siempre tu vida, y mejorarla de allí adelante.

En seguida, abandonándote á mí con absoluta y entera voluntad, ofrécete á tí mismo para gloria de mi nombre en el altar de tu corazón, como sacrificio perpetuo, encomendándome á mí con entera fé el cuidado de tu cuerpo y de tu alma.

Para que de esta manera merezcas llegar dignamente á ofrecer el santo sacrificio, y recibir saludablemente el sacramento de mi cuerpo.

4 Pues no hay ofrenda mas digna, ni mayor satisfaccion para borrar los pecados, que ofrecerse á sí mismo pura y enteramente á Dios con el sacrificio del cuerpo de Cristo en la misa y comunión.

Si el hombre hiciere lo que está de su parte, y se arrepintiere verdaderamente, cuantas veces acudiere á mí por perdon y gracia: *Vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva: porque no meacor-*

daré mas de sus pecados; sino que todos le serán perdonados.

CAPITULO VIII.

Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia resignacion.

JESUCRISTO.

I Así como yo me ofrecí voluntariamente por tus pecados á Dios Padre con las manos extendidas en la cruz, y todo el cuerpo desnudo, de modo que nada me quedó que no pasase en sacrificio para reconciliarte con Dios:

Así debes tú tambien ofrecérmeme cada dia en la misa en ofrenda pura y santa, cuanto mas entrañablemente puedas, con toda tu voluntad, y con todas tus fuerzas y deseos.

¿Qué otra cosa quiero de tí, mas que el que te entregues á mí sin reserva?

Cualquier cosa que me des sin

tí, no gusto de ella; porque no quiero tu don, sino á tí mismo.

2 Así como no te bastarian todas las cosas sin mí; así no puede agradarme á mí cuanto me ofrecieres sin tí.

Ofrécete á mí y dáte todo por Dios, y será muy acepto tu sacrificio.

Mira como yo me ofrecí todo al Padre por tí, y tambien te di todo mi cuerpo y sangre en manjar, para ser todo tuyo, y que tú quedases todo mio.

Mas si tú estás pegado á tí mismo, y no te ofreces de buena gana á mi voluntad, no es cumplida ofrenda la que haces, ni será entre nosotros entera la union.

Por eso á todas tus obras debe preceder el ofrecimiento voluntario de tí mismo en las manos de Dios, si quieres alcanzar libertad y gracia.

Porque por eso tan pocos se ha-

cen varones ilustrados y libres en lo interior, porque no saben del todo negarse á sí mismos.

Esta es mi firme sentencia: Que no puede ser mi discípulo el que no renunciare todas las cosas. Por lo cual, si tú deseas serlo, ofréceteme con todos tus deseos.

CAPITULO IX.

Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas, y rogarle por todos.

EL ALMA.

¡ Señor, tuyo es todo lo que está en el cielo y en la tierra.

Yo deseo ofrecérte de mi voluntad, y quedar tuyo para siempre.

Señor, con sencillez de corazón me ofrezco hoy á tí por siervo perpetuo, en obsequio y sacrificio de eterna alabanza.

Recíbeme con este santo sacrificio de tu precioso cuerpo que te

ofrezco hoy en presencia de los ángeles que están asistiendo invisiblemente, para que lo recibas por mi salud y la de todo el pueblo.

2 Señor, yo te presento en el altar de tu misericordia todos mis pecados y delitos, cuantos he cometido en tu presencia y de tus santos ángeles desde el día que comencé á pecar hasta hoy, para que tú los abrases todos juntos y los quemes con el fuego de tu caridad, quites todas las manchas de ellos, limpies mi conciencia de todo delito, y me vuelvas á tu gracia que perdí por el pecado, perdonándomelos todos enteramente, y admitiéndome misericordiosamente al ósculo de tu paz y amistad.

3 ¿Qué puedo yo hacer por mis pecados, sino confesarlos humildemente, llorando é implorando tu misericordia sin cesar?

Y la imploro pues en tu divino acatamiento; óyeme propicio, Dios mio.

Aborrezco mucho todos mis pecados, y no quiero ya cometerlos jamas: antes arrepentido y pesaroso de ellos mientras viviere estoy dispuesto para hacer penitencia, y satisfacer segun mis fuerzas.

Perdona, oh Dios, perdona mis pecados por tu santo nombre: salva mi alma que redimiste con tu preciosa sangre.

Vesme aquí, que me encomiendo á tu misericordia, me entrego en tus manos.

Haz conmigo segun tu bondad, y no segun mi malicia é iniquidad.

4 Tambien te ofrezco, Señor, todos mis bienes, aunque muy pocos é imperfectos, para que tú los enmiendes y santifiques, para que los hagas agradables y aceptos á tí, y siempre los mejores; y á mí hombruzuelo inútil y perezoso, me llesves á un santo y bienaventurado fin.

5 Tambien te ofrezco todos los santos deseos de los devotos, y las

necesidades de mis parientes, amigos, hermanos, y de todos mis conocidos, y de cuantos me han hecho bien á mí y á otros por tu amor;

Y de todos los que desearon y pidieron que yo orase ó dijese misa por ellos, y por todos los suyos, vivos y difuntos.

Para que todos sientan el favor de tu gracia, el auxilio de tu consolacion, la proteccion en los peligros, y el alivio en los trabajos; para que libres de todos los males, te den muy alegres y cordialísimas gracias.

6 Tambien te ofrezco mis oraciones y el sacrificio de propiciacion, especialmente por los que en algo me han enojado ó vituperado, ó me han hecho algun daño ó agravio.

Y por todos los que yo enojé, turbé, agravié y escandalicé, por palabra, por obra, por ignorancia, ó advertidamente.

Para que tú nos perdones á todos nuestros pecados y ofensas recíprocas.

Aparta, Señor, de nuestros corazones toda mala sospecha, toda ira, indignacion y contienda, y cuanto pueda estorbar la caridad, y disminuir el amor del prójimo.

Misericordia, misericordia, Señor, dá tu misericordia á los que la piden, y tu gracia á los que la necesitan, y haz que vivamos de tal modo que seamos dignos de gozar tu gracia, y que aprovechemos para la vida eterna. Amen.

CAPITULO X.

No se debe dejar facilmente la sagrada comunión.

JESUCRISTO.

Muy á menudo debes acudir á la fuente de la gracia y de la misericordia divina; á la fuente de la bondad y de toda pureza, para

que puedas sanar de tus pasiones y vicios, y merezcas hacerte más fuerte y más despierto contra todas las tentaciones y engaños del demonio.

El enemigo, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que hay en la sagrada comunión, trabaja cuanto puede sin perder medio ni ocasión por retraer y estorbar á los fieles y devotos.

2 Asi sucede con algunos, que cuando piensan en prepararse para la sagrada comunión, entonces padecen peores tentaciones de Satanás que antes.

Este espíritu maligno se mete entre los hijos de Dios, como se dice en el libro de Job, para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó para hacerlos excesivamente tímidos y perplejos; y de este modo entibiar su devoción, ó quitarles la fé con las impugnaciones que les sugiere, por si acaso consigue así

que dejen del todo la comunión, ó se lleguen á ella con tibieza.

Mas no debemos cuidar de sus astucias y tentaciones, por mas torpes y espantosas que sean, sino rechazar contra él mismo los fantasmas abominables que nos representa.

Despreciarse debe este desdichado, y burlarse de él; y no dejar la sagrada comunión por todos sus acometimientos, y por las turbaciones que levantáre.

3 Muchas veces estorba tambien la demasiada ansia de tener devoción, y cierta inquietud por confesarse bien.

Haz en esto lo que te aconsejen los sábios, y deja el ansia y el escrúpulo, porque impide la gracia de Dios, y destruye la devoción del alma.

No dejes la sagrada comunión por alguna pequeña tribulación ó pesadumbre; sino vete luego á confesar, y perdona de buena gana to:

das las ofensas que te han hecho.

Y si tú has ofendido á alguno, pídele perdón con humildad, y Dios te perdonará tambien de buena voluntad.

4 ¿De qué sirve retardar mucho la confesion, ó diferir la sagrada comunión?

Límpiate cuanto antes, escupe luego el veneno, toma presto el remedio, y te hallarás mejor que si lo dilatares mucho tiempo.

Si hoy la dejas por alguna causa, mañana te puede acaecer otra mayor; y así te apartarás mucho tiempo de la comunión, y despues estarás menos dispuesto.

Lo mas presto que pudieres sacude tu pereza é inaccion: porque nada se gana con angustiarse é inquietarse largo tiempo, y apartarse del divino sacramento por obstáculos diarios.

Al contrario, daña mucho el dilatar demasiado la comunión; por-

que esto suele causar un grave entorpecimiento.

Pero ¡oh dolor! Algunos tibios y disipados dilatan con gusto la confesion, y desean retardar la sagrada comunión, por no verse obligados á guardar su alma con mayor cuidado.

5 ¡Oh cuán poca caridad y flaca devocion tienen los que tan facilmente dejan la sagrada comunión!

¡Cuán bienaventurado es, y cuán agradable á Dios el que vive tan bien, y guarda su conciencia con tanta pureza, que esté dispuesto á comulgar cada dia, y muy deseoso de hacerlo así, si le conviniese y no fuese notado!

El que se abstiene algunas veces por humildad ó por alguna causa legitima, es de alabar por su respeto.

Mas si poco á poco le entráre la tibieza, debe despertarse á sí mismo, y hacer lo que esté de su par-

d

te, y el Señor ayudará su deseo, por la buena voluntad, que es á la que especialmente atiende.

6 Mas cuando estuviere legítimamente impedido, tenga siempre buena voluntad y devota intencion de comulgar, y así no carecerá del fruto del sacramento.

Porque cualquier devoto puede cada dia y cada hora comulgar espiritualmente con fruto.

Mas en ciertos dias, y en el tiempo mandado, debe recibir sacramentalmente el cuerpo de su Redentor con afectuosa reverencia, y buscar mas bien la gloria y honra de Dios, que su propia consolacion.

Porque tantas veces comulga místicamente, y se alimenta invisiblemente su espíritu, cuantas se acuerda con devocion del misterio de la Encarnacion y Pasion de Cristo, y se enciende en su amor.

7 El que no se prepara sino al acercarse la fiesta, ó cuando le fuer-

za la costumbre, muchas veces se hallará mal preparado.

Bienaventurado el que se ofrece á Dios en entero sacrificio cuantas veces celebra ó comulga.

No seas muy prolijo ni acelerado en celebrar: sino guarda el medio justo y ordinario de los demas con quienes vives.

No debes causar á los otros molestia ni enfado; sino ir por el camino ordinario de los mayores, y mirar mas al aprovechamiento de los otros, que á tu propia devocion y afecto.

CAPITULO XI.

El cuerpo de Cristo y la sagrada escritura son muy necesarias al alma fiel.

EL ALMA.

I ¡Oh dulcísimo Señor Jesus! ¡cuánta es la dulzura del alma devota, que se regala contigo en tu

d 2

banquete, donde no se le presenta otro manjar que á su único amado, apetecible sobre todos los deseos de su corazon!

Seria ciertamente muy dulce para mí derramar en tu presencia copia de lágrimas afectuosas, y regar con ellas tus pies como la piadosa Magdalena.

Mas ¿donde está ahora esta devocion? ¿donde el copioso derramamiento de devotas lágrimas?

Por cierto en tu presencia y de tus santos ángeles todo mi corazon debiera encenderse y llorar de gozo.

Porque en el sacramento te tengo verdaderamente presente, aunque encubierto bajo de otra especie.

2 Porque el mirarte en tu propia y divina claridad no podrian mis ojos resistirlo, ni el mundo entero subsistiría ante el resplandor de la gloria de tu magestad.

Tienes pues consideracion á mi

imbecilidad cuando te ocultas bajo de este sacramento.

Yo tengo verdaderamente y adoro al mismo á quien adoran los ángeles en el cielo: mas yo solo con la fé por ahora, ellos claramente, y sin velo.

Debo yo contentarme con la luz de una fé verdadera, y andar con ella hasta que amanezca el dia de la claridad eterna, y desaparezcan las sombras de las figuras.

Mas cuando llegue este perfecto estado, cesará el uso de los sacramentos; porque los bienaventurados en la gloria no necesitan de medicina sacramental.

Sino que estan siempre absortos de gozo en la presencia de Dios, contemplando cara á cara su gloria; y trasladados de esta claridad al abismo de la claridad de Dios, gustan el Verbo encarnado, como fue en el principio, y permanecerá eternamente.

3 Acordándome de estas maravillas, cualquier contento, aunque sea espiritual, se me convierte en grave tedio, porque mientras no veo claramente á mi Señor en su gloria, en nada estimo cuanto en el mundo veo y oigo.

Tú, Dios mio, me eres testigo de que ninguna cosa me puede consolar, ni criatura alguna dar descanso sino tú, Dios mio, á quien deseo contemplar eternamente.

Pero esto no es posible mientras vivo en carne mortal.

Por eso debo tener mucha paciencia, y sujetarme á tí en todos mis deseos.

Porque tambien, Señor, tus santos, que ahora se regocijan contigo en el reino de los cielos, cuando vivian en este mundo esperaban con gran fé y paciencia la venida de tu gloria. Lo que ellos creyeron, creo yo: lo que esperaron, espero: adonde llegaron ellos finalmente por

tu gracia, tengo yo confianza de llegar.

Entretanto caminaré con la fé, confortado con los ejemplos de los santos.

Tambien tendré los libros santos para consolacion y espejo de la vida; y sobre todo esto, el cuerpo santísimo tuyo por singular remedio y refugio.

4 Pues conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales no podria soportar esta vida miserable.

Detenido en la cárcel de este cuerpo, confieso serme necesarias dos cosas, que son, mantenimiento y luz.

Dísteme pues como á enfermo tu sagrado cuerpo para alimento del alma y del cuerpo, y ademas me comunicaste tu divina palabra para que sirviese de luz á mis pasos.

Sin estas dos cosas yo no podria vivir bien; porque la palabra de Dios es la luz de mi alma, y tu

sacramento el pan que le da vida.

Estas se pueden llamar dos mesas colocadas á uno y otro lado en el tesoro de la santa iglesia.

Una es la mesa del sagrado altar, donde está el pan santificado, esto es, el precioso cuerpo de Cristo.

Otra es de la ley divina, que contiene la doctrina sagrada, enseña la verdadera fé, y nos conduce con seguridad hasta lo mas interior del velo donde está el Santo de los santos.

Gracias te doy, Jesus mio, esplendor de la luz eterna, por la mesa de la santa doctrina que nos diste por tus siervos los profetas, los apóstoles y los otros doctores.

5 Gracias te doy, Criador y Redentor de los hombres, de que para manifestar á todo el mundo tu caridad, dispusiste una gran cena, en la cual diste á comer, no el cordero figurativo, sino tu santísimo cuerpo y sangre, alegrando á todos los fieles, y embriagándolos con el

caliz saludable en este sagrado banquete, donde están todas las delicias del paraíso, y donde los santos ángeles comen con nosotros, aunque gustan una suavidad mas feliz.

6 ¡Oh cuán grande y honorífico es el oficio de los sacerdotes, á los cuales es concedido consagrar al Señor de la magestad con las palabras sagradas, bendecirlo con sus labios, tenerlo en sus manos, recibirlo en su propia boca, y servirle á los demas!

¡Oh cuán limpias deben estar aquellas manos, cuán pura la boca, cuán santo el cuerpo, cuán immaculado el corazon del sacerdote donde tantas veces entra el Autor de la pureza!

De la boca del sacerdote no debe salir palabra que no sea santa, que no sea honesta y útil, pues tan continuamente recibe el santísimo Sacramento.

7 Deben ser simples y castos los

ojos acostumbrados á mirar el cuerpo de Cristo: puras y levantadas al cielo las manos que tocan al Criador del cielo y de la tierra.

A los sacerdotes especialmente se dice en la ley: *Sed santos, porque yo vuestro Dios y Señor soy santo.*

8 ¡Oh Dios todopoderoso! ayúdenos tu gracia á los que hemos recibido el oficio sacerdotal, para que podamos servirte digna y devotamente con toda pureza y buena conciencia.

Y si no podemos proceder con tanta inocencia de vida como debemos, otórganos llorar dignamente los pecados que hemos cometido, y de aquí adelante servirte con mayor fervor, con espíritu de humildad, y con buena y constante voluntad.

CAPITULO XII.

Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo.

JESUCRISTO.

Y Yo soy amante de la pureza, y dador de toda santidad.

Yo busco un corazon puro, y allí es el lugar de mi descanso.

Prepárame una sala grande y adornada, y celebraré contigo la pascua con mis discípulos.

Si quieres que venga á tí, y me quede contigo, arroja de tí la levadura vieja, y limpia la morada de tu corazon.

Desecha de tí todo el mundo, y todo el ruido de los vicios: siéntate como pájaro solitario en el tejado, y piensa tus excesos con amargura de tu alma.

Pues cualquier persona que ama, dispone á su amado el mejor y mas aliñado lugar, porque en esto se

conoce el amor del que hospeda al amado.

2 Pero sábetete que no puedes alcanzar esta preparacion con el mérito de tus obras, aunque te preparases un año entero y no pienses en otra cosa.

Mas por sola mi piedad y gracia se te permite llegar á mi mesa: como si un rico convidase é hiciese comer con él á un pobre mendigo que no tuviese otra cosa para pagar este beneficio sino humildad y agradecimiento.

Haz lo que esté de tu parte, y hazlo con mucha diligencia, no por costumbre, ni por necesidad; sino con temor, reverencia y amor recibe el cuerpo de Jesucristo tu amado Dios y Señor que se digna venir á tí.

Yo soy el que te llamé, y mandé que vinieses, yo supliré lo que te falta; ven y recíbeme.

3 Cuando yo te concedo afectos

de devocion, dá gracias á tu Dios, no porque eres digno, sino porque tuve misericordia de tí.

Si no sientes devocion y te hallas muy seco, persevera en la oracion, gime, llama, y no ceses hasta que merezcas recibir una migaja, ó una gota de gracia saludable.

Tú me necesitas á mí, yo no necesito de tí.

Ni tú vienes á santificarme á mí; sino que yo vengo á santificarte y mejorarte.

Tú vienes para que seas por mí santificado y unido conmigo, para que recibas nueva gracia, y te enervorices de nuevo para la enmienda.

No desprecies esta gracia, mas bien prepara con toda diligencia tu corazon, y recibe dentro de tí á tu amado.

4 Pero conviene que no solo procures la devocion antes de comulgar, sino que tambien la conserves

con cuidado despues de recibido el sacramento. Ni es menos necesario despues el recogimiento y vigilancia, que lo es antes la devota preparacion; porque el cuidado que despues se tiene, es la mejor disposicion para recibir nuevamente mayor gracia.

Y al contrario, se indispone para ella el que luego se entrega con exceso á las complacencias exteriores.

Guárdate de hablar mucho, recógete á algun lugar secreto, y goza de tu Dios, pues tienes al que no te puede quitar todo el mundo.

Yo soy á quien te debes entregar sin reserva; de manera, que ya no vivas en tí, sino en mí sin cuidado alguno.

CAPITULO XIII.

Como el alma devota debe desear con todo su corazon unirse á Cristo en el sacramento.

EL ALMA.

1 ¿Quién me dará, Señor, que te halle solo, para abrirte todo mi corazon, y gozarte como mi alma desea, y que ya ninguno me desprecie, ni criatura alguna me mueva ú ocupe mi atencion; sino que tú solo me hables, y yo á tí, como se hablan dos que mutuamente se aman, ó como se regocijan dos amigos entre sí?

Lo que pido, lo que deseo, es unirme á tí enteramente, desviar mi corazon de todas las cosas criadas, y aprender á gustar las celestiales y eternas por medio de la sagrada comunión y frecuente celebracion.

¡Ay Dios mio! ¿cuándo estaré al

sorto y enteramente unido á tí, y del todo olvidado de mí?

¿Cuándo me concederás estar tú en mí, y yo en tí; y permanecer así unidos eternamente?

2 En verdad tú eres mi amado escogido entre millares, con quien mi alma desea estar todos los dias de su vida.

Tú eres verdaderamente el autor de mi paz: en tí está la suma tranquilidad y el verdadero descanso: fuera de tí todo es trabajo, dolor, y miseria infinita.

Verdaderamente eres tú el Dios escondido, que no te comunicas á los malos, sino que tu conversacion es con los humildes y sencillos.

¡Oh Señor, cuán suave es tu espíritu, pues para manifestar tu dulzura para con tus hijos, te dignaste mantenerlos con el pan suavísimo bajado del cielo!

Verdaderamente no hay otra nación tan grande que tenga dioses

que tanto se le acerquen, como tú, Dios nuestro, te acercas á todos tus fieles, á quienes te das para que te coman y disfruten, y así perciban un continuo consuelo, y levanten su corazón á los cielos.

3 Porque ¿dónde hay gente alguna tan ilustre como el pueblo cristiano?

— O ¿qué criatura hay debajo del cielo tan amada, como el alma devota, á quien se comunica Dios para apacentarla con su gloriosa carne?

¡Oh inefable gracia! ¡oh maravillosa dignacion!

¡Oh amor sin medida, singularmente reservado para el hombre!

¿Pues qué daré yo al Señor por esta gracia, por esta caridad tan grande?

No hay cosa mas agradable que yo le pueda dar, que mi corazón todo entero, para que esté unido con él íntimamente.

Entonces se alegrarán todas mis

entrañas, cuando mi alma estuviere perfectamente unida á Dios.

Entonces me dirá: *Si tú quieres estar conmigo, yo quiero estar contigo. Y yo le responderé: dignate, Señor, quedarte conmigo, pues yo quiero de buena gana estar contigo.*

Este es todo mi deseo, que mi corazón esté contigo unido.

CAPITULO XIV.

Del ansia con que algunos devotos desean el cuerpo de Cristo.

EL ALMA.

Oh Señor, ¡cuán grande es la abundancia de tu dulzura, que reservaste para los que te temen! Cuando me acuerdo, Señor, de algunos devotos que se llegan á tu sacramento con dignísima devoción y afecto, me confundo muchas veces y me avergüenzo de mí mismo al ver que llego tan tibio y tan frío á tu altar, y á la mesa de la sagrada comunión:

Que me quedo tan seco, y sin dulzura de corazon: que no estoy todo encendido delante de tí, Dios mio; ni tan vehementemente atraído y poseido de amor, como otros muchos devotos, que por el gran deseo de comulgar, y por el amor sensible de su corazon, no pudieron detener las lágrimas.

Sino que con la boca del corazon y del cuerpo anhelaban afectuosamente á tí, Dios mio, fuente viva, no pudiendo templar ni hartar su hambre de otro modo, sino recibiendo tu cuerpo con indecible regocijo y ansia espiritual.

2 ¡Oh verdadera y ardiente fe la suya: prueba manifiesta de tu sagrada presencia en este sacramento!

Estos son verdaderamente los que conocen á su Señor en el partir del pan; pues su corazon arde en ellos tan vivamente, porque Jesus anda en su compañía.

Lejos está de mí muchas veces

semejante afecto y devoción, tan grande amor y fervor.

Buen Jesus, séme propicio, dulce y benigno, y concede á este tu pobre mendigo siquiera alguna vez sentir en la santa comunión un poco de afecto entrañable de tu amor, para que mi fé se fortalezca, crezca la esperanza en tu bondad, y la caridad una vez perfectamente encendida y experimentada del maná celestial, nunca desfallezca.

Poderosa es pues tu misericordia para concederme gracia tan deseada, y visitarme clementísimamente con este espíritu de fervor el día que tuvieres por bien.

Y aunque no me hallo inflamado del gran deseo de tus especiales devotos, quiero á lo menos con tu gracia tener tan fervoroso deseo; y pido y deseo ser participante de los que tan fervorosamente te aman, y ser contado en su número.

CAPITULO XV.

Que la devocion se alcanza con la humildad y abnegacion de sí mismo.

JESUCRISTO.

I Debes buscar con diligencia la gracia de la devocion, pedirla con instancia, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, guardarla con humildad, obrar sólicitamente con ella, y dejar á Dios el tiempo y el modo en que se digne visitarte.

Te debes humillar en especial cuando sientes interiormente poca ó ninguna devocion; mas no te abatas demasiado, ni te entristezcas desordenadamente.

Dios da muchas veces en un instante lo que negó largo tiempo.

Tambien da algunas veces al fin de la oracion lo que dilató desde el principio.

2 Si siempre se nos diese la gracia sin dilacion, y á medida de nuestro deseo, no podría abrazarla bien el hombre flaco.

Por eso la debes esperar con segura confianza y humilde paciencia; y cuando no te es concedida, ó te fuere quitada secretamente, echa la culpa á tí mismo y á tus pecados.

Algunas veces es bien pequeña cosa la que impide y esconde la gracia, si es que se debe llamar poco y no mucho lo que tanto bien estorba.

Mas si aquello poco ó mucho apartares, y perfectamente vencieres, tendrás lo que suplicaste.

3 Porque luego que te entregares á Dios de todo corazon, y no busques cosa alguna por tu propio gusto, sino que del todo te pusieres en sus manos, te hallarás recogido y sosegado; porque nada te agradará ni te sabrá tan bien como el beneplácito de la divina voluntad.

Cualquiera pues que levantáre

su intencion á Dios con sencillo corazon, y se despojáre de todo amor ú ódio desordenado de cualquier cosa criada, estará muy bien dispuesto para recibir la divina gracia, y se hará digno del don de la devocion.

Porque el Señor echa su bendicion donde halla los vasos vacíos.

Y cuanto mas perfectamente renunciáre alguno las cosas bajas, y estuviere muerto á sí mismo por su propio desprecio; tanto mas presto viene la gracia, mas copiosamente entra, y mas alto levanta el corazon ya libre.

4 Entonces verá y abundará, y se maravillará, y dilatará su corazon; porque la mano del Señor está con él, y él se puso enteramente en sus manos para siempre. De esta manera será bendito el hombre que busca á Dios con todo su corazon, y no ha recibido su alma en vano.

Este, cuando recibe la santa comunión, merece la singular gracia de la union divina; porque no mira á su propia devocion y consuelo, sino sobre todo á la gloria y honra de Dios.

CAPITULO XVI.

Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades y pedirle su gracia.

EL ALMA.

¡Oh dulcísimo y amantísimo Señor, á quien deseo recibir ahora devotamente! tú conoces mi flaqueza, y la necesidad que padezco, en cuántos males y vicios estoy abismado, cuántas veces me veo agoviado, tentado, turbado y amancillado.

A tí vengo por remedio, á tí acudo por consuelo y alivio.

Hablo á quien todo lo sabe, á quien son manifiestos todos los secretos de mi corazon, y á quien so-

lo me puede consolar y ayudar perfectamente.

Tú sabes los bienes que mas falta me hacen, y cuán pobre soy en virtudes.

2 Vésme aquí delante de tí pobre y desnudo, pidiendo gracia, é implorando misericordia.

Da de comer á este tu hambriento mendigo; enciende mi frialdad con el fuego de tu amor: alumbra mi ceguedad con la claridad de tu presencia.

Conviérteme todo lo terreno en amargura, todo lo pesado y contrario en paciencia, todo lo ínfimo y criado en menosprecio y olvido.

Levanta mi corazon á tí en el cielo, y no me dejes andar vagando por la tierra.

Tú solo me seas dulce desde ahora para siempre; pues tí solo eres mi manjar y bebida, mi amor, mi gozo, mi dulzura y todo mi bien.

3 ¡Oh si me encendieses todo con

tu presencia, y me abrasases y transformases en tí, para ser un espíritu contigo por la gracia de la union interior, y por la efusion de un amor abrasado!

No consientas que me separe de tí ayuno y seco; sino pórtate conmigo piadosamente, como lo has hecho muchas veces con tus santos de un modo admirable.

¡Qué extraño sería que yo me abrasase todo en tu amor, sin acordarme de mí, siendo tú fuego que siempre arde y nunca cesa, amor que limpia los corazones y alumbraba el entendimiento!

CAPITULO XVII.

Del amor fervoroso, y vehemente deseo de recibir á Cristo.

EL ALMA.

I Con suma devocion y abrasado amor, con todo el afecto y fervor del corazon deseo, Señor, reci-

birte en la comunión, como lo desearon muchos santos y personas devotas que te agradaron mucho con la santidad de su vida, y tuvieron devoción ardentísima.

¡Oh Dios mio, amor eterno, todo mi bien, felicidad interminable! anhelo recibirte con el deseo mas vehemente, y con la reverencia mas digna, cual jamas tuvo ni pudo sentir ninguno de los santos.

2 Y aunque yo sea indigno de tener aquellos sentimientos devotos, te ofrezco todo el afecto de mi corazón, como si yo solo tuviese todos aquellos inflamados deseos.

Y cuanto puede el alma piadosa concebir y desear, todo te lo presento y ofrezco con humildísima reverencia y con entrañable fervor.

Nada deseo reservar para mí, sino ofrecerme en sacrificio con todas mis cosas voluntariamente y con el mayor afecto.

Señor, Dios mio, Criador y Re-

dentor mio; con tal afecto, reverencia, honor y alabanza; con tal agradecimiento, dignidad y amor; con tal fé, esperanza y pureza deseo recibirte hoy, como te recibió y deseó tu santísima madre la gloriosa virgen María, cuando al ángel que le anunció el misterio de la Encarnacion, respondió humilde y devotamente: *Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.*

3 Y como el bienaventurado san Juan Bautista, tu precursor, y el mayor de los santos, cuando aun estaba encerrado en el vientre de su madre, dió saltos de alegría en tu presencia con gozo del Espiritu-Santo; y despues viéndote, Jesus mio, conversar entre los hombres, con devoto y humildísimo afecto decia: *El amigo del esposo, que está en su presencia y le oye, se regocija mucho al oir la voz del esposo: así deseo yo estar inflamado de grandes*

y santos deseos, y presentarme á tí con todo el afecto de mi corazón.

Por eso te ofrezco y dedico los júbilos de todos los corazones devotos, los vivísimos afectos, los embelesos espirituales, las soberanas iluminaciones, las visiones celestiales, y todas las virtudes y alabanzas con que te han celebrado y pueden celebrar todas las criaturas en el cielo y en la tierra: recíbelo todo por mí, y por todos los encomendados á mis oraciones para que seas por todos dignamente alabado y glorificado para siempre.

4 Recibe, Señor Dios mio, mis deseos y ansias de darte infinita alabanza y bendición inmensa, los cuales te son justísimamente debidos, según la multitud de tu inefable grandeza.

Esto te ofrezco ahora, y deseo ofrecerte cada día y cada momento: y convido y ruego con instancia y afecto á todos los espíritus celes-

tiales, y á todos tus fieles á que te alaben y te den gracias juntamente conmigo.

5 Alábente todos los pueblos, todas las tribus y lenguas, y engrandezcan tu santo y dulcísimo nombre con sumo regocijo é inflamada devocion.

Merezcan hallar tu gracia y misericordia todos los que con reverencia y devocion celebran tu altísimo sacramento, y con entera fé lo reciben; y rueguen á Dios humildemente por mí, pecador.

Y cuando hubieren gozado de la devocion y union deseada, y se partieren de la mesa celestial muy consolados y maravillosamente recreados, tengan por bien acordarse de este pobre.

CAPITULO XVIII.

Que el hombre no debe ser curioso en examinar este sacramento, sino humilde imitador de Cristo, sometiendo su parecer á la sagrada fé.

JESUCRISTO.

1 Guárdate de escudriñar inútil y curiosamente este profundísimo sacramento, si no te quieres ver anegado en un abismo de dudas.

El que es escudriñador de la magestad, será abrumado de su gloria. Mas puede obrar Dios, que lo que el hombre puede entender.

Pero no se prohíbe el devoto y humilde deseo de alcanzar la verdad á aquellos que siempre están prontos á ser enseñados y caminar segun la sana doctrina de los santos Padres.

2 Bienaventurada la sencillez que, dejando los ásperos caminos de las cuestiones, va por la senda llana y

segura de los mandamientos de Dios.

Muchos perdieron la devocion, queriendo escudriñar las cosas sublimes.

Fe se te pide y vida sencilla; no elevacion de entendimiento, ni profundidad de los misterios de Dios.

Si no entiendes ni comprendes las cosas mas triviales ¿cómo entenderás las que están sobre la esfera de tu alcance?

Sujétate á Dios, y humilla tu juicio á la fé, y se te dará la luz de la ciencia, segun te fuere útil y necesaria.

3 Algunos son gravemente tentados contra la fé en este sacramento; mas esto no se ha de imputar á ellos, sino al enemigo.

No tengas cuidado, no disputes con tus pensamientos, ni respondas á las dudas que el diablo te sugiere; sino cree en las palabras de Dios, cree á sus santos y á sus profetas, huirá de tí el malvado enemigo.

Muchas veces es muy conveniente al siervo de Dios el padecer estas tentaciones.

Pues no tienta el demonio á los infieles y pecadores á quienes ya tiene seguros, sino que tienta y atormenta de diversas maneras á los fieles y devotos.

4 Acércate pues con una fé firme y sencilla, y llégate al sacramento con suma reverencia; y todo lo que no puedes entender, encomiéndalo con seguridad á Dios todopoderoso.

Dios no te engaña: el que se engaña es el que cree á sí mismo demasiadamente.

Dios anda con los sencillos, se descubre á los humildes, y da entendimiento á los pequeños: alumbrá á las almas puras, y esconde su gracia á los curiosos y soberbios.

La razon humana es flaca, y puede engañarse; mas la fé verdadera no puede ser engañada.

5 Toda razon y discurso natural

f

debe seguir á la fé, y no ir delante de ella, ni quebrantarla.

Porque la fé y el amor muestran aquí mucho su excelencia, y obran secretamente en este santísimo y sobreexcelentísimo Sacramento.

El Dios eterno, inmenso y de poder infinito hace cosas grandes é inescrutables en el cielo y en la tierra; y sus obras admirables se ocultan á toda investigacion.

Si tales fuesen las obras de Dios, que facilmente se pudiesen comprender por la razon humana, no se dirian inefables ni maravillosas.

F I N.

INDICE.

<i>Exhortacion devota á la sagrada comunion.</i>	<i>pág. 4</i>
CAP. I. <i>Con cuánta reverencia se ha de recibir á Jesucristo.</i>	<i>5</i>
II. <i>De la gran bondad y caridad de Dios que se manifiesta en este sacramento para con los hombres.</i>	<i>15</i>
III. <i>Que es provechoso comulgar con frecuencia.</i>	<i>20</i>
IV. <i>De los muchos bienes que se conceden á los que devotamente comulgan.</i>	<i>24</i>
V. <i>De la dignidad del sacramento, y del estado sacerdotal.</i>	<i>30</i>
VI. <i>Ejercicio para antes de la comunion.</i>	<i>33</i>
VII. <i>Del exámen de conciencia, y del propósito de la enmienda.</i>	<i>34</i>
VIII. <i>Del ofrecimiento de Cristo en la cruz, y de la propia resignacion.</i>	<i>39</i>
IX. <i>Que debemos ofrecernos á Dios con todas nuestras cosas, y ro-</i>	

- garle por todos.* 41
- X. *No se debe dejar facilmente la sagrada comunion.* 45
- XI. *El cuerpo de Cristo y la sagrada escritura son necesarias al alma fiel.* 51
- XII *Debe disponerse con gran diligencia el que ha de recibir á Cristo.* 59
- XIII. *Como el alma devota debe desear con todo su corazon unirse á Cristo en el Sacramento.* 63
- XIV. *Del ansia con que algunos devotos desean el cuerpo de Cristo.* 66
- XV. *Que la devocion se alcanza con la humildad y abnegacion de sí mismo.* 66
- XVI. *Que debemos manifestar á Cristo nuestras necesidades, y pedirle su gracia.* 72
- XVII. *Del amor fervoroso, y vehementemente deseo de recibir á Cristo.* 74
- XVIII *Que el hombre no debe ser curioso en examinar este sacramento, sino humilde imitador de Cristo.* 79